



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9124

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Louvre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBIEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.—

MIERCOLES 30 DE MARZO DE 1892

MINUCENCIAS HISTÓRICAS.

Que iba apuntando en los ratos de siesta Fr. Marcos de Cartagena, franciscano levantisco, en su convento del Pinatar.

Fray Marcos, bendice á su amigo ó hijo de confesión Adolfo de Cartagena.

(MANUSCRITO AUTÓGRAFO.)

I.

El trabajo que vamos á dar á conocer á nuestros lectores es de D. Marcos Jiménez de la Espada, cartagenero de nacimiento, que ni es fraile ni duerme siestas, ni jamás estuvo en el Pinatar.

En cuanto á lo de levantisco, eso es otra cosa, y yo, como su hijo de confesión lo conozco bien de cerca y puedo dar fé de los tormentos que de vez en cuando suele armar con sus escritos.

El Sr. Espada, que quisiera ser mozo, ha pasado su vida estudiando; sus casas de recreación han sido las bibliotecas y museos, y el aprovechamiento de sus trabajos lo justifica el contenido de sus libros apreciados por el mundo sabio como perfectas obras históricas.

Es enemigo declarado de la tradición y cuando en sus penosas investigaciones descubre los documentos justificativos que se oponen á las creencias vulgares, ya está armada la tormenta en los campos de las ciencias históricas.

Los tomadores de la historia siempre salen mojados por él y agua vá para muchos en estas minucencias.

Helas aquí:

«Entre ellas hay algunas de tan marcado actualismo, que hemos juzgado oportuno entresacarlas del caudal y publicarlas, como lo hacemos, por orden cronológico y respetando el modesto rubricativo que á su copia le he puesto á rtes.

Es probable que á nuestros lectores les parezcan (como á nosotros) muchos de los comentarios y apreciaciones del R. Padre como acertados y docentes á su condición y expuestos con el deseado fraileco que podía pasar allá en los tiempos de respeto incondicional al hábito religioso, pero que hoy no suena bien, porque sobre dicho respe-

to están las conveniencias sociales. Pero, aun prescindiendo de la parte personal de las *Minucencias*, quedará siempre la novedad y autoridad de los documentos que constituyen su fondo y primera sustancia.

LA ENTREGA DE LAS LLAVES DE GRANADA. «¿Asistió en este acto solemne la reina doña Isabel?»

«Yo lo dudo; porque el veracísimo cronista imperial Alonso de Santa Cruz finaliza su «Crónica de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel» desta manera:

«Y visto el rei y la reina á dos del mes de enero con toda la gente del real partir la via de Granada, la reina y el principe y la infanta se pusieron en un cerro cerca de Granada y el rei con la gente junto á la ciudad cabe el rio Genil. A do salió el rei moro y le entregó las llaves, y se quiso apor y besalle las manos y lo uno y lo otro nunca lo consintió, y besole el brazo y diole las llaves, y el rei diole al conde de Tendilla á quien habia dado el alcaldía de Granada, y al comendador mayor don Gutierrez de Cárdenas, los cuales entraron en el Alhambra y encimada de la torre de Comares alzaron la + y alzaron la bandera real y dixerón los reyes darinas: *Granada, Granada por los reyes don Hernando y doña Isabel*. Vista la + por la reina, los de su capilla que allí estaban cantaron el *Te Deum* laudamus, y fué tanto el placer, que todos lloraban. Luego todos los grandes que con el rei estaban fueron adonde estaba la reina y le besaron la mano por reina de Granada; y junto con el pendon de San Tiago que traía el maestro»

«Finis.»

LA PARTICION DEL MUNDO Y DONACION DE LAS INDIAS.

«Dios y ayuda de muy sagaces y diligentes negociadores necesitaron los reyes don Fernando y doña Isabel, para alcanzar del Papa Alejandro VI que partiese á gusto de

Sus Altezas y con arreglo á la justicia terrenal administrada entonces directamente por la divina, la tierra y los mares que el Supremo Hacedor formó para todos y cada uno de los hombres en su casa y naturaleza. Y no parece sino que los escrúpulos y demoras del Sumo Pontífice milagrosamente se inspiraban en esta verdad no reconocida hasta mucho tiempo después.

«La célebre bula *Inter cetera divine majestati beneplacita opera*, expedida en *V nonas maii* (3 de mayo) del año de la Encarnación de 1493, se reformó en el mismo día con las de *Excimie devotione sinceritas*, que por las palabras *hodie siquidem donavimus*, se refiere á la primera donación, y extiende á los reyes de Castilla para las tierras donadas cuantos privilegios y gracias se habian concedido á los de Portugal para sus posesiones y descubrimientos en las partes de Africa, Guinea, La Mina y otras islas, ni más ni menos que si expresamente los nombrase y concediese no obstante cualesquier cosas y palabras en contrario, etc.

«No contentos Sus Altezas ni su embajador en Roma con la reformation obtenida, apretaron á S. S. con más eficacia y nuevas exigencias, hasta conseguir la bula *VI kalendas octobris* (26 de setiembre) del mismo año de 1493 *Dudum siquidem omnes et singulas insulas*, confirmando la donación de la primera y añadiendo: «como pudiera acontecer que vuestros vasallos llegaren á partes de la India oriental, extendemos nuestra donación á todas ellas, no obstante cualesquier privilegios y gracias concedidas á otros Principes, como no estén actualmente ocupadas ó poseidas»

«A este bula se refiere indudablemente el capítulo de carta del Cardenal de Cartagena Don Bernardino de Carvajal, dirigida á Sus Altezas los *Cristianísimos Principes* don Hernando y doña Isabel con fe-

cha 2 de octubre de 1493, que dice á la letra:

«El brevó plúmbeo que Vs. Alts. pedian para las cosas de las islas por el Papa se le ha hecho grave por derogar á los privilegios de otros príncipes y porque Monseñor Alexandrino decia que no le parecía bien, y así no le ha podido tan aína expedir. Perdone V. Ma (sic) si se ha tardado, pero en fin se concedió como se pedia. ¡Plega á Dios lo de las insulas salga como todos deseamos!»

«Véase que peregrina casualidad! Para el Sumo Pontífice era una contingencia lo que un hecho para Don Cristóbal Colón, que creía haber llegado con efecto á las Indias orientales. A menos que los Reyes, participando del error de Colón, pidieran modesta y sagazmente un *por si acaso*, estando ciertos (en aquel entonces) de pedir con él lo acaecido.

«La influencia de Monseñor Alexandrino en los consejos papales era grande. Alejandro VI lo creó Cardenal contra viento y marea en setiembre de 1493; porque, según Zurita (Hist. de Don Fernando el Católico), «necesitaba de sus letras» (Continuará.)

VARIEDADES

COLABORACIÓN INÉDITA

RICARDO

I.

«Cada loco con su tema.» *Refran popular.*

El sol caminaba hacia el ocaso. Sus aureos rayos, que aunasonaban por la cumbre de la vecina sierra, doraban la cúpula y campanario de la gótica iglesia de X*** pintoresca villa de la provincia de H., cuando volvía la falda de la montaña y avistaba los primeros edificios de la referida población.

Ya á la vista de X*** y viendo que se acercaba la noche arreó á mi caballo para tardar el menos tiempo posible en andar las tres leguas que me separaban del pueblo.

Caminaba al trote mi alazan: dejando que siguiera aquel paso y animándolo de vez en cuando fijé la atención en la posada que encierra en sí, la posada del sol.

El astro rey parecía dar en su vespertina despedida, y con sus fugitivos rayos, el postrer adiós á aquel gallardo campanario de férrea veleta y bronceas campanas.

Apenas se alcanzaba á leer con la luz natural, cuando entré en la pintoresca villa de X.***

La campana de la iglesia hacia oír, con la metálica lengua, golpeando en su vientre, algunas campanadas acompasadas y sonoras.

¡Era el toque de la oración! El sol había dejado invadir á las tinieblas, la parte de la terráquea esfera que había alumbrado durante el día, cuando yo entraba en la posada del Elefante blanco.

La causa de mi viaje á X***, no era otra, que la de ver á un antiguo condiscípulo y amigo; así es, que cuando entré en el referido parador lo primero que hice fue preguntar por mi amigo Ricardo; el posadero satisfizo mis deseos, y mandó que se cuidara del caballo, á un mozo de cuadra.

A la media hora, después de que le habian echado el pienso á «Dingo», este era el nombre con que denominaba á mi caballo, me sentaba yo á la mesa y empecé con gran apetito á comer unas sopas de huevos y unas chuletas, que me hicieron arreglar por la hostelera.

A las ocho, hora en que calculé que ya había cenado Ricardo, me dirigí á su casa; era esta una especie de casa castillo del tiempo feudal, su fachada era de regular apariencia, todas las ventanas tenían reja, excepto el primer piso, pues este poseía un balcón corrido, el cual demostraba claramente ser obra de nuestra época; la única puerta que tenía esta fachada, que era la principal, y daba á la plaza, era fuerte y tachonada con grandes clavos de gruesa cabeza, como todas las de aquella época en que fuera ésta construída.

Después de dar una ligera mirada á la referida fachada y recomensar con una propina al chiquillo que me sirviera de

UNDRAMA EN NAPOLES.

227

más derecho que yo para quedaros con ella! Yo no estoy casado más que desde hace tres semanas.

Esta vez fue Mateo el que se mostró sorprendido.

—Como, señor, esta bribona se ha casado por segunda vez? Eso no puede ser válido...

—Así lo creo.

—No estamos divorciados, Mariuccia y yo.

—Ni seré yo el que procure separaros el uno del otro, añadió Domenico. Encontrais vuestra esposa, y además ganais el premio mayor de la lotería; en cuanto á mí, tampoco salgo perdiendo.

—Pues os aseguro, dijo el viudo, que yo creía á mi mujer perdida para siempre. Pero es toda una historia.

En pocas palabras contó lo que había pasado. Se había casado en Fódúa, en donde Fra Giacomo ejercía, como ya sabemos, la profesión de médico sin enfermos. Mateo en compañía de Mariuccia, había puesto una tienda de aceites de Lucques. Desgraciadamente los negocios no marcharon bien, el dinero se hizo cada vez más escaso, y pronto sobrevinieron los disgustos en el matrimonio. Todos los días había disputas, palabras duras y escaramuzas que á veces terminaban por verdaderas batallas. El médico daba siempre la razón á su hermana, que por su parte parecía preferir su hermano á su marido. Se quejaba de haber dejado á su familia y amenazaba á Mateo con abandonarlo, concluyendo cierto día por llevar á cabo este propósito: levantó el

EL ECO DE CARTAGENA.

226

—He! he! qué quiere decir esto? preguntó Della Porta, lleno de curiosidad, por esta brusca intervención de la Providencia.

Pero Mateo Tommaso no oía nada. Murmuraba entre dientes palabras ininteligibles, y empujaba delante de sí Mariuccia, como el perro de ganado, cuando conduce al rebaño un carnero extraviado. Mariuccia, somnolenta y humillada, no decía una palabra y se dejaba maltratar.

—Pero en fin, Mateo, quereis explicarme?... dijo el banquero, interviniendo un poco tarde en la querrela.

—Explicaros que?

—Lo que haceis.

—La lección que doy á esta impertinente? Tengo el derecho de dársela.

—Por qué?

—Dios mío! por qué es mi mujer, dijo tranquilamente Mateo, cruzándose de brazos.

—Vuestra... vuestra mujer, balbuceó el banquero, ahogado por la emoción: Mateo, mi querido amigo, repetidme otra vez eso. Ah! qué placer me causais! No, no sabéis, no podeis saber que alegría siento... Mirad, nada más que por esas palabras, vuestra fortuna está desde ahora asegurada. Y desde cuando amigo mío, es vuestra mujer Mariuccia?

—Desde hace diez años.

—Diez años! Pero por San Javier, teneis diez veces

UN DRAMA EN NAPOLES.

223

do, anunciaba todavía la representación de la vispera. Mil rumores nacientes se percibían, y las gaviotas atravesaban alegremente el aire, con sus pesadas alas acostumbradas á descansar sobre las olas.

Della Porta se dirigió hacia el embarcadero: no encontró allí á las personas que buscaba, pero en revancha halló alguien á quien no esperaba; Mariuccia, que á su voz había madrugado.

—Qué tal! dijo la hermana de Fra Giacomo; te he sorprendido agradablemente?

—Sorprendido sí, contestó el banquero; en cuanto á lo de agradablemente, ya es otra cosa. Qué habeis venido á hacer aquí?

—Esperarte.

—Y con qué derecho, quereis decírmelo?

—Con el derecho que tiene toda mujer, de seguir á su marido, y de impedirle hacer tonterías. Me figuro que detrás de todo esto, hay alguna historia: no soy tan tonta como te figuras, y sabiendo que estabas triste é inquieto, te he seguido esta mañana y aquí estoy.

—Muy bien, dijo Domenico, habeis burlado mi vigilancia; pero ahora que ya habrán desaparecido vuestros absurdos celos, os suplico que os retireis.

—Contigo?

—Sin mí.

Mariuccia se puso en jarras como una verdulera:

—No me moveré de aquí, dijo con energía; ya estoy cansada de que me traten como á un paria; lo entien-